

EL CATÓLICO.

PERIÓDICO RELIGIOSO, CIENTÍFICO, LITERARIO Y DE VARIEDADES.

REPÚBLICA DEL SALVADOR EN CENTRO-AMÉRICA.

AÑO XI—T. XII |

San Salvador, Domingo 7 de Febrero de 1892.

| S. XLII—N. 505

REDACTOR Y EDITOR RESPONSABLE

José Antonio Aguilar.

AGENTE GENERAL

Federico Prado.

A LA INMACULADA CONCEPCION DE MARIA EL CIRCULO CATOLICO DE GUATEMALA.

PRÓLOGO.

Previo acuerdo del Círculo Católico de Guatemala, se celebró la noche del 13 de diciembre de 1891, una sesión literaria en honor de su patrona, la Inmaculada Concepción de María, consagrada toda ella á celebrar las glorias de la Santísima Virgen y como un homenaje que la sociedad le tributaba.

Asistían á ella además de los socios, señoras, señoritas y caballeros, que fueron invitados al efecto, y que ocupaban la sala, teatro de reunión.

En el fondo de la sala se veía un cuadro copia de la Concepción de Louvre, una de las inmortales obras de Murillo, y abajo el retrato de Pio IX sirviéndole de pedestal, y rodeado de emblemas y símbolos de las ciencias y las bellas artes y atributos piadosos, flores naturales y luces.

Después de la recitación del *Veni-Creator*, el Ave María y la Salve, leyéronse una en pos de otra, las obras de que se formó este homenaje á la Santísima Virgen, piezas que se registran á continuación y que fueron escritas ex profeso por los socios que las firman, para esta solemnidad. Los discursos fueron leídos por sus autores, y la poesía por el socio doctor don José Azurdia.

Al dar á la prensa estas composiciones, se ha tenido en cuenta que este homenaje del Círculo Católico se perpetúe y se prolongue por medio de la publicidad, para honrar así á la Santísima Virgen con esta manifestación de amor y de alabanza.

La alocución de gracias pronunciada por el Vice-Presidente del Círculo al finalizar la sesión, no fué posible publicarla por ser improvisada.

DISCURSO

acerca del grandioso privilegio de la Inmaculada Concepción de María, y causas del entusiasmo popular que provoca en el mundo católico.

¡Alégrate Virgen María, porque sola tú has destruido todas las herejías y en todo el universo!

El Concilio de Efeso.

Señores:

Las promesas del Edén se han cumplido; bajo el nítido pié de María crugió el craneo de la serpiente tentadora del Paraíso, y los víctores de este triunfo todavía resuenan en el mundo como un eco prolongado, inmenso, que viene día por día, y siglo por siglo á causar vértigos al orgulloso Lucifer, cuando contempla que una en pos de otra las generaciones de la humanidad aplauden su humillación y la celebran.

Si Satanás turbó los días tranquilos y serenos del Edén, gloriándose de un triunfo obtenido por la mentira, en cambio desde la Concepción sin mancha de María, su ignominia no tiene paralelo; la carcajada de su victoria sobre el hombre no puede, nó, compararse á la tremenda humillación y al eterno sonrojo de su derrota por la mujer vencedora del Apocalipsis! Lleva en sus mejillas la vergüenza y en su alma orgullosa la cólera infernal contrariada eternamente!

Después de la rebelión del Empíreo todo un infierno, después de la victoria del Paraíso una eterna humillación! ¡Satanás está completamente convencido que de Dios no se rie nadie impugnemente, y los siglos como la eternidad, gritan muy alto: ¡Paso á la justicia del Eterno! ¡Quién como Dios! Miguel en el cielo y María en la tierra han hecho morder el pólvoro al padre del orgullo.

Cuando el ángel de tinieblas con las cohortes que le siguieron como á su caudillo en la rebelión, fué arrojado violentamente por Miguel y los ejércitos fieles del Empíreo á las tinieblas eternas, Satanás se halló impotente para escalar el Cielo y continuar la obra de su orgullo. Después, al ver el bello y sublime concierto de la Creación, de quien era rey el hombre y supremo Pontífice, uniendo en su persona las sustancias del espíritu y la materia como en un pequeño mundo, á fin de que llevase hasta Dios el homenaje del Universo todo, siendo heredero pasado el tiempo de los tronos que dejó vacantes el orgullo de los angeles, quiso introducir el desorden en la obra de Dios, y probar por medio de la seducción, ¡insensato! echar por tierra en su odio al Eterno los planes

divinos, sin saber en su espantoso orgullo cuán profundos eran estos, como emanados de la inteligencia infinita, y que remedio estaba decretado para reparar el pecado.

Él, creatura finita pretendía como de igual á igual luchar con Dios, y creyó en su orgullo desatentado dominar la situación, sorprendiendo en la inteligencia divina todo el plan que se proponía al crear el mundo! ¡Y trazó sus proyectos!: yo pondré al hombre el lazo para hacerle caer, dijose casi mismo, y con promesas falsas le halagaré, á fin de que acepte el brevaje del orgullo, y con esta aceptación todo el plan divino vendrá por tierra; Dios se queda con su Cielo vacío y yo tendré á la humanidad entera por mi presa que ya no soltaré; entonces con eterna carcajada me burlaré de quien tiene su trono tan alto, y me vengaré del castigo que sufro sin esperanza ¡Si él me dá un infierno, yo al menos en retorno le arrebató esos nuevos aspirantes á las sillas que dejó vacantes nuestra rebelión, y trastornó el plan del universo, pues que introduciendo el pecado en el mundo, ya el hombre no presentará á Dios el homenaje de la Creación entera. ¡Me vengaré!, y ya que no puedo escalar su trono, al menos disminuiré la gloria del Eterno!

El orgullo inspiró á Satanás el proyecto, pero el orgullo le cegaba y creatura finita creyó haber sorprendido en la inteligencia infinita todo el plan de la Creación. Os extraña la ceguedad del padre de la mentira? ¡pues no otro es el proceder de los impíos é incrédulos de todos los tiempos y lugares, linaje de Satanás y tan orgullosos como él; creen haber trazado un proyecto para burlarse de Dios, arrastrando á á otros hombres á sus planes orgullosos y ganándoles á su causa aumentar así los enemigos del Eterno, á fin de hacer infructuosa la obra de Dios, y en su temeraria y disparatada empresa destruir la Iglesia de Cristo, solazándose de antemano en el triunfo y gloriándose en el éxito que coronará sus esfuerzos. ¡Creen en una palabra ser iguales á Dios en poder, y que comprenden y disponen á su arbitrio de los planes divinos para frustrarlos. Equiparan la razón divina con la razón humana, y les parece salvar el abismo que hay entre lo finito y lo infinito, entre el Creador y la creatura, con un cúmulo de orgullo, gritando, ¡insensatos!, victoria.

Esta es la historia de todas las rebeliones contra Dios: ¡Seréis como Dioses! y después....!

Satanás ignoraba que en la mente divina existía desde toda eternidad una Mujer destinada exclusivamente á quebrantar su orgullo, y frustrar todo el plan de la nueva rebelión que por el pecado iba á introducir el espíritu del mal en el mundo. Mucho menos sabía, qué una creatura preservada de esa ignominiosa mancha que él con su seducción procuraba cayera sobre la humanidad, se presentaría ante el Señor como el Pontífice de las cosas creadas, llevando á Dios el tributo y el concierto del espíritu y la materia, tal como Adán y su descendencia lo hubieran presentado al Creador si el pecado no hubiese sido cometido. Muchísimo menos sabía que una Virgen debiera ser el instrumento del homenaje más grandioso que se tributa á Dios, el sacrificio del Hombre-Dios, en quien se reuniría la Creación toda entera ya divinizada, y que haría exclamar en un transporte de entusiasmo á San Agustín: ¡Oh feliz culpa que mereció tener tal y tan gran Redentor!

Todo esto lo ignoraba, y creía orgulloso haber sorprendido el plan divino, sin saber que Dios iba por manera maravillosa y de modo más magnífico, á sacar su gloria de la ruina del hombre que Satanás proyectaba.

Cuando la seducción del espíritu de la mentira se vió coronada por la caída de Adán, resonó en el Eden

la carcajada triunfal de Satanás, que gritaba ufano: ¡me vengué! Pero cuán breve fué su engaño; pronto, instantáneamente, escucha la magestuosa voz de Dios que con acento vibrador como el rayo, lanza sobre el precito esta profecía: "Yo pondré enemistades entre tí y la mujer, y entre tu raza y la descendencia suya; ella quebrantaré tu cabeza, y tú andarás acechando á su calcañal." (Génesis III, 15). Adios orgullo satisfecho, adios triunfos pasajeros, breves y fugaces como lo son todas las victorias del mal; ellas en un instante se convierten en perdidas ilusiones, que traen en pos de sí tormentos inmensos como corolarios de su momentáneo éxito.

La profecía de la Mujer fué para Luzbel su tormento desde el Eden hasta el Calvario, como fué para la humanidad su dulce y suavísima esperanza en medio de las tenebras del pecado. Inútil era el goce que disfrutaba Satanás al dominar á casi todo el mundo con su influencia y su poder, teniendo á los hombres como esclavos en ominosa servidumbre; inútil todo, pues en el fondo de las teogonías, y por más empeño que pusiera en desfigurar la verdad, resplandecía y se abría paso la creencia y la tradición de una Mujer del porvenir, que lucharía y le veneraría, y esa otra lucha de la descendencia de la Mujer y su propia descendencia.

En el fondo de la copa del brevaje del pecado, al parecer dulce y sabroso, siempre encuentra todo hombre la hiel, y apenas un instante ha gustado ese licor siente la amargura del agenjo. Así fué para Satanás el placer de su triunfo, no porque cupiera en su alma de condenado los remordimientos de conciencia, tormento del malvado aquí en la tierra, sino porque la profecía de la Mujer le anunciaba con la infalibilidad de Dios, una espantosa humillación, revelándole algo del pensamiento del Eterno, que él ignoraba al trazar sus planes con introducir el pecado en el mundo. Bien comprendió que su victoria era efímera y que la mano omnipotente del Creador iba á destruir su triunfo de un día, sí, pues al fin se trata de pensamientos que abarcan la eternidad, y cuarenta siglos para la eternidad no son nada.

Pero entre tanto dijo él: me aprovecho, y el mundo pagano fué el corolario del pecado. Está bien; más el ideal de Satanás, esa nueva rebelión que llevó á la humanidad contra Dios, la veía frustrada en el plan que concibiera; su orgullo era de nuevo humillado, y sus sueños temerarios de creatura contra su Creador se desvanecían como el humo.

Ese error que engendra el orgullo, es el más disparatado error que puede concebirse, y es siempre el error que se repite día por día, desde la rebelión del Empíreo hasta hoy; es un absurdo flagrante, incontrovertible, que no se oculte ni al más rústico labriego, y que sin embargo arrastró á hombres de claro talento, á célebres ingenios, y al mismo Angel rebelde y sus cohortes; es el principio ó la iniciación de todo pecado, del pecado del Angel y del pecado del hombre. Medirse como de igual á igual, lo finito con lo infinito y establecer una lucha soñando vencer! A San Agustín, cuando meditaba sobre Dios, le desengañó un niño que afanoso pretendía trasladar el mar á un pequeño hoyo abierto con sus manos en la arena; y qué será no ya pretender medir la razón creada lo infinito, ó lo que es lo mismo, que una parte contenga al todo, sino luchar, sí, luchar contra Dios la criatura angélica ó humana, soñando triunfar y vencer al Creador! ¡Es la locura del orgullo, la más horrible y disparatada de las locuras! ¡Y esta, señores, es la locura del pecado!

Satanás obtenía triunfos en el mundo, pero estas victorias eran amargadas por la voz de Dios que le perseguía: "¡la mujer!", he aquí el grito amenazante

que le humillaba y trastornaba todos sus planes, entre tanto que la humanidad por medio de sus falsas teogonías, que ayudó á fabricar él mismo, y á su pesar, le recordaba á aquella que trituraría su cabeza, y vencería su orgullo, y haría pedazos sus trofeos, los trofeos del pecado y las cadenas de esclavitud con que había aherrojado á la pobre descendencia de Adán, á su carro de ominosa servidumbre.

La Concepción sin mancha de María, es la primera profecía revelada por Dios á la humanidad, no ya por medio de profeta intermediario, sino directamente por los divinos labios. La primera página de la historia canta esta gloria de María y la consigna proféticamente, mientras que los pueblos todos de la antigüedad á porfía, en concierto unánime, y por entre las densas tinieblas del paganismo, celebran de antemano este misterio que es su esperanza más querida.

Fijaos, señores, que los divinos libros de manera maravillosa lo enuncian desde la primera de sus páginas en profecía; y van desarrollando lentamente aquella singularidad, aquel prodigio, aquel honor, aquel exclusivismo que no admite ni la más mínima confusión: "una mujer," dice el primer libro, el Génesis, y despues vienen el arca del Tabernáculo, el lirio entre las espinas, la nubecilla de Elías, la excepción de Ester en la ley de Persia, el triunfo de Judit . . . y mil figuras y símbolos que la anuncian de antemano.

En el Evangelio, la voz del Arcángel, embajador de Dios, la proclama como un saludo del cielo á la Mujer venturosa, siempre libre, nunca esclava de Satán, sino esclava del Señor, y servir á Dios es reinar, y tanto es así, que de parte del Eterno, aquel celeste mensajero viene á proponerle la Maternidad divina, algo que Satanás con su inteligencia finita no podía concebir para aspirar á semejante gloria, y algo que la inteligencia infinita había concebido desde toda eternidad para sublimar á la Virgen, ennoblecer la raza humana y humillarse el Verbo! ¡Satán quería colocar su trono al lado del trono de Dios y ser su igual en un acto de loco orgullo; en lugar de obtener su pretensión logró descender al abismo más profundo. María, aclamada por el cielo llena de gracia, se reputa la humilde esclava del Señor, y Dios, señores, Dios quiere ser su Hijo, y manda preguntarle si le acepta como tal, y ante su consentimiento la hace Madre suya, real y verdadera, verificándose aquello de que se admiraba un Profeta; el que la mujer encierre dentro de sí al hombre, es decir, al Hombre Dios!

El último libro divino, el Apocalipsis, celebra la Concepción sin mancha de María, en la visión del último de los profetas, aquel bello Juan que con vuelo de águila se remontó al cielo, y sobre el Corazón de Jesús aprendió eterna generación del Verbo para enseñarla á la humanidad, el hijo adoptivo de María en el Calvario y después su caballero. El la vió en la lucha con el dragón cuya cabeza pisoteó obteniendo la victoria, y la vió teniendo por trono el sol, por escabel la luna y las estrellas por diadema; así la celebraba y aplaudía. Desde el primero pues de los divinos libros hasta el último, cantan la gloria de María, su Inmaculada Concepción; en profecía, al realizarse, después de que se verificó!

María, señores, por su Inmaculada Concepción, es el único ser humano completamente libre; y siéndolo, á la vez es libertadora de la humanidad.

En ningún siglo se ha confundido más la noción de libertad que en el nuestro, y quizá en contraposición, esta es la causa de que Dios haya hecho brillar con más esplendores el gran Misterio de la Virgen y su bella y sublime prerrogativa. Hay en estos

hechos maravillosas armonías que conmueven, y electrizan á las almas, arrastrándolas á ese entusiasmo eminentemente popular, y con razón.

¿A que llama el siglo XIX libertad? Nada menos ni nada más que á la promesa seductora de Satanás, por medio de la cual introdujo el pecado en el mundo: "Seréis como dioses, sabedores del bien y del mal." Allí en esas frases diabólicas que fueron la ruina del hombre, están contenidos uno por uno los famosos *derechos novísimos*; la libertad del pensamiento que lleva á afirmar á un loco que él descende del mono ó que es mono perfeccionado; la libertad de cultos, que al poner en parangón á la verdad y al error, Dios y Satanás, les califica de iguales en teoría, más en la práctica con furor proscribire al Dios verdadero de los altares, para colocar en ellos á las pasiones desbordadas, y sus frutos, los vicios más degradantes y abyectos; la libertad de la prensa, cuyo hálito corruptor lleva día por día á la sociedad el libertinaje, la mentiría, envueltos á veces en frases poéticas, á veces crudo y grosero, á fin de corromperla más y más. . . . En fin, señores, la libertad decantada del siglo XIX, es la más ominosa esclavitud, el más degradante oprobio para el hombre, es el pecado, ó sea la creatura sujetándose al dominio de otra creatura, constituyéndose su esclava y servidora, despreciando á su Creador y llamándole con blasfemo grito su tirano!

¿Es acaso nueva en el mundo esta esclavitud? No, señores, no lo es; ella fué introducida por el seductor del hombre en el Edén, y desde entonces Satanás se complace en forjar férreas cadenas para esclavizar á la humanidad y uncirla al oprobioso carro del rebelde del Empireo, que arrastra en pos de su cetro de hierro millones y millones de almas, que se glorían insensatas en ser esclavas de otra creatura que tiene por distintivo en su frente la maldición de Dios, en su corazón el odio al Eterno, en su inteligencia el orgullo humillado, y por palacio los antros de la Justicia del Señor.

En qué consiste pues, el ser libre y gozar de la libertad? consiste, señores, en no sujetarse á otra dependencia que la de Dios, pues él es el único que tiene derecho sobre sus creaturas, para imponer leyes á los individuos como á las sociedades; el mismo que se las impuso al universo entero, á la naturaleza física y al mundo moral, á los ángeles y á los hombres. Dios delega parte de esos poderes, porque así es su voluntad, á las creaturas dentro de ciertos límites; pero siempre sujetas á sus leyes, y esto de tal suerte, que cuando esas creaturas constituidas en dignidad se apartan de la ley eterna, y sujetan á las otras creaturas á sus caprichos, bajo el nombre de leyes, en contradicción con las leyes de Dios, aparece la tiranía, cesa la libertad y comienza la esclavitud.

Satanás, creatura rebelde á Dios, introdujo el pecado en el mundo y fabricó las cadenas de la tiranía; los hombres fueron sus esclavos, y las sociedades rebeldes contra Dios postráronse de hinojos ante la soberbia creatura, que azuzaba á las demás para que á su vez se constituyeran en tiranas de las otras halagando su orgullo. Así la autoridad paterna apareció monstruosa, y las fieras pudieron darle lecciones de amor; el marido fué el tirano de su hogar, la mujer su esclava y su juguete; en la sociedad aparecieron dirigiéndola y gobernándola unos monstruos, de quienes se ha hecho el prototipo Nerón, que avergüenzan á la raza humana, y ante quien caía de rodillas un imperio, obedeciendo á aquellos tiranos hasta en sus extravagancias. ¡Allí está la historia vindicándose de que no miento! ¡He allí la esclavitud de los unos y la tiranía de los otros, que al fin vienen á resolverse en la soberanía de Satanás sobre todos, oprimidos

y opresores, creatura y nada más que creatura. El pecado, pues, que consiste en la rebelión contra las leyes de Dios, es la muerte de la libertad en el individuo, en la familia, y en las sociedades!

El verbo de Dios trajo la libertad de nuevo al mundo, y la enseñó y la estableció promulgando las eternas leyes, como Rey de las Naciones, que su Padre le había dado desde toda eternidad como herencia, y en virtud, de un juramento del cual jamás se arrepentirá. Sacerdote eterno y Rey eterno, en su persona Jesucristo reunía todas las potestades y el poder de Dios, y como Dios, en el Evangelio consignó su voluntad divina. El Evangelio, señores, es el código de la libertad de los hijos de Dios, que rechaza y condena y maldice, la esclavitud del pecado, del cual redimió Cristo á la humanidad; el hombre fué libre y las Naciones ya no debían estar sujetas á tiranos con corona ó sin ella.—Rotas estaban las cadenas de aquella ominosa servidumbre que pesaba sobre las sociedades, y el imperio de la verdadera libertad, se extendía cuanto se extendía la predicación del Evangelio.

Pero aunque el Verbo encarnado redimió á la humanidad del pecado y estableció en su Iglesia el reinado de la libertad en el mundo, todos, señores, los hombres siguieron naciendo esclavos de Satanás por el pecado de origen, del cual les redimía la sangre redentora en el Bautismo, y llevaron consigo la propensión ó inclinación al mal y á esa esclavitud del pecado, propensión que venía á azuzar Satanás, y con Satanás el mundo, que es su imperio conquistado por la caída del Edén y que trabajando de consuno arrastraban al hombre al pecado personal, haciéndole caer de nuevo en la esclavitud. La sangre redentora entonces fué aplicada por la penitencia, y con esta aplicación fué de nuevo libre cada alma. Pero hay multitud de hombres que se abrazan con el error, rechazan la penitencia, y he aquí el secreto de la soberanía social de Satanás en las Naciones.

Todo hombre, pues, por muy perfecto que sea, lleva consigo la ignominia de haber sido esclavo alguna vez; mas hay una creatura humana exceptuada del oprobio de nuestra raza, y es María, y es única en este privilegio; porque si Adán y Eva fueron creados en gracia, cayeron después en servidumbre, si el Bautista fué santificado antes de nacer, hubo instantes en que su alma fué esclava de Satán; solo María concebida Inmaculada entre los esplendores de la gracia, puede mostrarse ante el universo pura y santa desde el primer instante de su animación hasta el último de su vida aquí en la tierra. Es la única creatura humana libre, jamás esclava del pecado, que nunca estuvo sujeta á otra creatura, y que pisoteó por esto la cabeza de la serpiente del Edén.

Única libre, absolutamente libre, por una redención previsorá de la ley común, su privilegio es singular; y es tan bello y tan honroso para nuestra raza, que provoca singular entusiasmo entre todos los hombres. Hay mas, señores; con María y por María la creación entera uniéndose y vinculándose en su persona, presentó al Eterno la ofrenda del reconocimiento y el tributo debido á la soberanía de Dios sobre su obra, como un Pontífice de los bienes creados. Lo que Satanás quería arrebatarse á Dios introduciendo el pecado en el mundo, esto lo evitó María, en su persona; pues no contaminada con la culpa, fué el sér libre en quien se formó el bellissimo concierto de la naturaleza toda.

Libre María de la mancha del pecado, ofreciendo á Dios en su persona el concierto de la Creación, las Bellas Artes para representarla en ese instante de su Concepción acumularon en su persona todas las bellezas que pudieron concebirse. Vistiéronla del

color del cielo y del color de la luz; la luna, el astro melancólico que preside la noche sirvió de escabel de sus plantas; las nubes constituyen el pedestal de su trono y las cabezas de los ángeles la alfombra que pisan sus plantas, mientras el sol con sus rayos deslumbrantes es su asiento. Las estrellas apartadas de sus órbitas se agruparon al rededor de su cabeza cual diadema, y su frente erguida en la que divino cincél puso la gracia á torrentes, brilla con el reflejo de la magestad de Dios, mientras sus ojos arrobados, no se apartan del firmamento como bebiendo á torrentes la ambrosía en la visión y dependencia del Eterno. La belleza física y la belleza moral en el más alto grado, el concierto supremo de la naturaleza y de la gracia, en la persona de María, rindiendo al Creador el debido homenaje. Así se burló la Virgen de Satán y pisoteó su cabeza!

Pero María, en el plan de Dios, era el medio que escogió para traer del cielo é introducir de nuevo la libertad en el mundo, y si este medio ó conducto no podía, no debía estar contaminada con el pecado y la servidumbre, pues las tinieblas jamás engendraron la luz, ni el pecado la gracia. El hecho en sí de convertirse en medio de que la humanidad alcanzara su redención, y con ésta de nuevo la libertad perdida, siendo rotas las cadenas que le ataban al carro de victoria de la creatura soberbia que se alzó contra el Eterno en el Empíreo y que de nuevo le intentó robar su gloria en el Edén; este constituirse en medio de tamaña empresa le hacia aparecer como la libertadora del hombre y vencedora de Satanás, y vencedora que le arrebatara su presa y le devolvía á Dios su gloria que aquel intentó arrebatarse, con creces y aumento mucho mayor, infinitamente mayor, que aquella gloria que Luzbel pensó menoscabarle á Dios en el cielo con su rebelión, en la tierra por medio de la seducción. Sí, porque Dios iba á dar gloria á Dios, porque los redimidos del pecado con la sangre del hombre Dios, hijo de María y hecho hombre en su seno, serían los que ocuparan las sillas que dejó vacantes la rebelión angélica, y estos mismos formando la Iglesia que Cristo fundó, librarían aquí en el mundo las batallas contra Luzbel y sus seguidores, venciéndole, y cumpliéndose en lo absoluto la profecía del Paraíso, es decir, las enemistades entre la Mujer y la serpiente, entre la descendencia de la Mujer y la del tentador, entre la gracia y el pecado, entre la libertad y la servidumbre! Por esto, si la Hermana de Moisés, entonó el himno de la liberación de su pueblo á orillas del mar Rojo, cuando en las aguas se sumergían los tiranos que hicieron gemir en ominosa servidumbre á los hebreos, la Virgen canta la gloria de su victoria y de la libertad de sus hijos que son los hombres redimidos, cuando en Hebrón entona el profético *Magnificat*, el himno de triunfo sobre el pecado, que repiten los siglos cristianos sin cesar en agradecimiento á su Dios, proclamando: bienaventurada á la Mujer libre y libertadora de la raza de Adán.

¿Y queréis, señores, después de todo esto, que el misterio de la Concepción sin mancha de María no sea eminentemente popular? El pueblo cristiano iluminado por los esplendores de la fé y enseñado por la santa Iglesia católica, con su sentido eminentemente práctico ha comprendido y muy bien el mérito de María, su singular prerrogativa, lo que le debe y la nobleza que imprimió en nuestra raza la Mujer Inmaculada, y de allí ese entusiasmo que se desborda como el torrente impetuoso, como la corriente que traspasa las márgenes del río, y subiendo y subiendo inunda los campos y los cubre con sus aguas.

He dicho que el misterio de la Concepción Inma-

culada de María, ha sido y es eminentemente popular, y he dicho bien. Hoy que todo error se cubre con librea agena, ha dado en llamarse popularidad á la populachería, esa que arrastran en pos de sí los doctores liberales, los payasos y toreros, los tiranos y verdugos; ¡ay! es tan fácil arrastrar al vulgo y á las naciones corrompidas, con un prestigio, que talvez se dejan matar por uno de esos comediantes. La popularidad, señores, consiste en dominar por completo en todas las clases sociales, lo mismo entre los sabios que entre los ignorantes, entre los ricos que entre los pobres, sobre el talento, sobre el ingenio, sobre los sencillos, sobre la ciencia, sobre el arte, dominar en las naciones, en las ciudades, en los pueblos, en la campiña, en donde quiera, llenándolo todo con su fama y su renombre, y el amor y simpatía que provoca, arrastrando en pos de sí las inteligencias y los corazones. Esta es la popularidad.

Y así es popular la Concepción sin mancha de María. Recordad á los sabios que en la Sorbona se sublevaron contra un blasfemo, y cómo defienden en públicas conclusiones la preservación de la Virgen, decretando al fin que no admitirán á sus grados académicos, sino es que previamente los laureados juraran defender este misterio. La Universidad de París puso la primera piedra de tan glorioso monumento, que la ciencia erigió á la gloria de María, y su ejemplo seguido por las universidades de Bolonia, de Salamanca, de Alcalá, de Colonia, de Coimbra, de Praga, de Pádua, de Nápoles, de todos esos emporios del saber, hizo muy pronto que la voz universal de los sabios, antes que la Iglesia hubiese definido dogma de Fé, esta verdad fué proclamada por los más grandes talentos que la humanidad contara en su seno. María fué inmaculada desde el primer instante de su ser, y esto por compromiso en que se llamaba por testigo á Dios!

¿Os recordaré los entusiasmos del arte por la Concepción sin mancha de María? Algo he de deciros y olvidando á la pléyade de pintores y estatuarios que se propusieron con ahinco glorificar á la Virgen en este Misterio, con todas las facultades de su genio, solo os recordaré al inmortal Bartolomé Esteban Murillo, el pintor de las concepciones, que reprodujo sobre el lienzo repetidas veces la imagen siempre bella, siempre hermosa de la vencedora de Satán; y tanto y de tan maravillosa manera, que Napoleón robaba en España uno de estos portentos del célebre pintor, y después con munificencia liberal, se la regalaba á uno de los Mariscales de su Imperio, que en cambio de dinero la cedía al Estado, para que éste la encerrara cual la mejor joya de uno de los más notables museos de París; de Murillo, en los labios de quien puso un poeta estos versos:

¡Oh! si tan bella tan hermosa y pura
Te hizo de Dios la poderosa mano,
Dame que yo retrate tu hermosura
Y al mundo asombre mi pincel cristiano.
Tu pura Concepción en los altares
Yo pintaré sublime y sin mancilla,
En los fragantes bosques de azahares
Que embalsaman el cielo de Sevilla.

Y os recordaré también el entusiasmo oficial de las Naciones, trayendo á vuestra memoria la erección solemne de una columna de la Inmaculada en la plaza mayor de Viena por el emperador Fernando III, para perpétua memoria del voto que hacía, cuando éste juraba ante la Hostia momentos antes de recibir la Comunión, en medio de los esplendores de la Misa pontifical que celebrara el Príncipe, Obispo Federico, y rodeado de su brillante Corte, que proclama Patrona de Austria á María en el misterio

de su Concepción sin mancha, dándose, consagrándose él mismo, sus hijos, sus pueblos, sus ejércitos, sus provincias y todo cuanto le pertenecía, pues por ella afirmaba en aquellos sublimes momentos de entusiasmo, en que todo un pueblo se agrupaba ansioso, transportado y hablaba por boca de su Emperador sin ficción ninguna, por ella los Príncipes dominan! Los cánones saludaron aquel magnífico homenaje de ese Imperio á la Santísima Virgen, proclamada siempre vencedora de Satán, mientras Viena, la noche de aquel día 18 de Mayo de 1647, ardía en luminarias y se desbordaba por la pendiente de un entusiasmo sin igual demostrado por himnos, cánticos y alabanzas públicas, en que tomaban parte todas las clases sociales, desde los más altos magnates hasta los niños y pobres mugercillas de los arrabales!

¡Os hablaré todavía de aquellos esplendores universales que rodearon la Definición dogmática del Misterio de la Concepción sin mancha de María? ¿De ese entusiasmo que llegó hasta nosotros y se condensó en una corona votiva que el clero y el pueblo le ofrecieron, en medio de una solemnidad suntuosa, y que ciñe á su frente la imagen de la Virgen cuando en triunfo pasea nuestras calles? ¡Ah! esto sería interminable, aunque es la prueba más convincente de la popularidad de este dogma, solo os diré, señores, que la humanidad ama á Pio IX y su memoria con ternura; que á su sepulcro rodea una aureola de amor, solamente porque es el Pontífice de la Inmaculada. Todavía su dulce mirada preside nuestra reunión, y entre la Concepción de María y Pio IX brillan no se qué atractivos que nos entusiasman y transforman al contemplar á la Reina y á su servidor!

Señores, agrupémonos al rededor de la Mujer libre, que lleva en su mano el estandarte de la libertad; sigámosla como hijos para luchar como sus descendientes, y en enemistad perpétua con la serpiente. Seamos libres, y no consintamos en que las cadenas de la servidumbre, impuestas por la primera creatura rebelde y su descendencia, aten nuestras manos; no dobleguemos la cabeza con vergüenza á ese yugo ominoso, sea el del pecado social, sea el del pecado personal. No tenemos otro Rey ni legislador que Jesucristo, ningún capricho respetemos, y cuando los hombres constituidos en dignidad quieran imponernos ordenaciones contrarias á las de Dios, digámosles valerosos, primero es servir á Dios que á los hombres!

No pertenezcamos al número de esos inconscientes que se admiran de los resultados de la apostasía social, que niega la soberanía de Jesucristo; que se apartan de la Iglesia, depositaria de la libertad por la voluntad de Dios, para enseñársela á pueblos y Naciones; y que el Hijo de María Inmaculada bajó de nuevo del cielo, lamentándose por una aberración inconcebible de los frutos que produce la esclavitud del pecado en la sociedad, y creen insensatos que sometiendo á otra creatura, remediarán lo que lamentan, olvidando que cambian los tiranos pero no cambia la tiranía.

Satanás, con su inteligencia de angel, ha creado un sistema de esclavitud moderno, que arrebató almas y sociedades á la santa libertad de hijos de Dios, y en que cada una de sus cláusulas es mentirosa; llamando libertad á la más ominosa servidumbre, haciendo que la creatura se sujete á los caprichos y veleidades de otra creatura su tirano; igualdad, á esa división entre víctimas y verdugos, despojados y ladrones, siervos y señores, ricos y pobres; fraternidad, á un sistema de odios y venganzas que trastornan los fundamentos sociales; corolario de la redención humana

del 93, con su guillotina y sus horrores, sus hecatombes é ignominias, hasta colocar en el altar de Nuestra Señora de París, la diosa que correspondía á aquel pueblo de caníbales, para tributarle culto, celebrando los sponsales de la humanidad con la razón sin la Fé!

Si queremos ser libres, no nos detengamos en la superficie, vamos al fondo de la cuestión, y restauremos la libertad que es el reinado social de Jesucristo, con quien Belial, sus cohortes, descendientes y emisarios no tienen componendas, ni amistades, ni alianzas, pues la luz no puede coexistir á un tiempo con las tinieblas, ni la verdad hermanarse con el error.

A la libre y libertadora de la humanidad sigamos, y el reinado de Jesucristo vendrá á nosotros, y entonces libres seremos nosotros, libres nuestras familias, libre la sociedad, teniendo presente ante todo que la obra debe comenzar por romper las cadenas del pecado personal, y renegar de las doctrinas del pecado social.—JESUS FERNÁNDEZ.

MARIA.

El astro rey le dió por vestidura,
De sus nítidos rayos los fulgores;
La luna sus encantos vencedores
Rindió á sus piés; y con su lumbre pura
Formaron las estrellas esplendente
La corona inmortal que orna su frente!

Allá en la excelsa cumbre del empíreo,
En los sublimes cielos soberanos,
Donde ríen y juegan los querubens
Como niños volando entre las nubes
Y riegan flores con sus blancas manos,
De magestad vestida se adelanta
La Reina de los Angeles... ¡Cuán bella!
Besando va su luminosa huella
El coro eterno que su gloria canta!

¿Quién es esa mujer? ¿Cuál es su nombre?
Es la humildosa Virgen nazarena,
Más pura que la cándida azucena,
Es la Madre de Dios, de Dios hecho Hombre!
Bella aurora inmortal, nuncio del día,
A quien las gentes hacen bienhadada,
Es la Reina del cielo, inmaculada,
La Virgen Madre la sin par María!

Inspiración sublime del poeta,
La lira del dulcísimo Virgilio
Cantó su gloria en inmortal idilio;
Y arrobada la mente del Profeta
En éxtasis profundo,
Rasgando el velo oscuro, impenetrable
Del porvenir, que sólo á Dios es dable,
Vió que el seno purísimo y fecundo
De la Virgen judía,
Por gracia del Eterno concebía
Y daba á luz al Redentor del mundo!

Ella tan sólo al genio soberano
Pudo inspirar; y el gran pintor de Urbino
Con su pincel divino,
Y Angélico y Murillo y el Ticiano
Y tantos otros mas, tímbrs gloriosos
Del noble arte cristiano,
Al lienzo trasladando la hermosura
Que al sol apaga con su lumbre pura,
En atrevidos toques celestiales,
Como entre sombras columbrar dejaron
Al ojo de los míseros mortales,
Vestigios de sus gracias virginales;
Y ellos su nombre y fama eternizaron.

Qué lengua, oh Dios! qué lengua alcanzaría
A celebrar sus célicas virtudes?
Templan los Querubines sus laúdes
Para ensalzar sus glorias á porfía;
Y extáticos de asombro se estremecen,
Se cubren con las alas, y enmudecen
Al contemplar su nítida, pureza
Porque tan sólo á Dios cede en belleza!

Y luego estalla en ondas de armonía
De legiones de Arcángeles el coro;
Y, en siempre nuevo cántico sonoro
El nombre inmaculado de María,
De la púdica Virgen nazarena,
A los acordes de las arpas de oro,
Unido al nombre de Jehová resuena:
"Hija preclara del Eterno Padre;
Del Hijo Eterno venturosa Madre;
Salve; salve, criatura portentosa;
Del Paráclito excelso digna Esposa!!!"

Oh gloria sin igual! la mente humana
Se abisma al contemplar tanta grandeza!...
Alza la frente, alza la frente ufana,
Prole infeliz de Adán: su vil cabeza
De rabia retorciéndose y abatida
Vió la sierpe infernal bajo la planta
De la humildosa Virgen sacrosanta.
Madre del Verbo engendrador de vida!

Ser como Dios el hombre imaginaba
En su orgullo insensato!
Y al infringir el celestial mandato,
Oyó la voz divina que lanzaba
Como rayo justísimo anatema;
Y rodó de su frente la diadema
De rey de la creación, y destronado,
Al yugo infame de la culpa atado,
Mísero, por el lodo se arrastraba!

Subió el hombre hasta Dios, cuando Dios quiso
Bajar al seno de la Virgen Madre,
Y unir al hombre su divina Esencia!
Rota en pedazos la fatal sentencia
Que fulminó Jehová en el Paraíso
Quedó al pié de la Cruz!; y allí María
Con la preciosa Víctima inmolada,
De amor en holocausto se ofrecía!
Y esa heroica Mujer, inmaculada,
Inmaculada Madre del Unigénito del Padre,
A la infeliz humanidad fué dada
Por reina, protectora y abogada,
Por compasiva y cariñosa Madre!

Oh portento de amor! Jamás pudiera
En el abismo horrendo de la culpa
Hundido el hombre, á la inmortal ribera
Llegar de salvación, si en lontananza
No viese el rayo de la luz divina
Reflejado en la Estrella matutina,
Del desvalido náufrago esperanza!
Redentora de esclavos oprimidos,
Clara luz que disipa los errores,
Refugio de los pobres pecadores,
Consuelo de los tristes y afligidos!

Pero ¡ay! para subir al alto trono
Donde cual bella y bienhechora luna
En olas bañadas de esplendor el mundo,
Tuviste que apurar como ninguna
El cáliz del dolor!... Oh cuán profundo
Es el penar que torturó tu pecho!
Al Hijo de tu amor ves ultrajado,
Pendiente de una cruz, pedazos hecho
A manos de su pueblo despiado,
Por libertar al hombre del pecado!

Y le ofrendaste tú, Madre sublime,
Y tu almo pecho de dolor no estalla
En lastimeros gritos! . . . Sufre y calla,
O cual paloma moribunda gime!

*Tan puro y bello ostentas en tus manos,
Oh Madre dolorosa, el casto lirio,
Del candor virginal místico emblema,
Que su reina las virgenes te llaman!
La vencedora palma del martirio
Esmalta de tu frente la diadema,
Y por reina los mártires te aclaman!
Y todos los espíritus celestes
En los floridos campos de la gloria
Unánimes celebran tu victoria!

Himno de amor dulcísimo y sonoro
Por las etéreas bóvedas resuena:
"Ave, Flor de Salén, de gracia llena,"
"Ave," repite el armonioso coro
En incesante y grata melodía,
"Ave, Madre de Dios, Ave María!"

Y á tus plantas los tristes desterrados
En el valle de lágrimas y abrojos,
Se acercan á pedirte prosternados,
Oh tierna Madre, Emperatriz del cielo,
Una mirada de tus dulces ojos,
Una mirada de eternal consuelo!

La pobre madre en ansias de agonía
Bajo tu sombra acude, protectora,
A guarecer sus amagados hijos;
Porque eres tú, María,
De la antigua serpiente vencedora,
Único amparo en que su amor confía;
Egida tutelar del cristianismo,
Faro brillante en medio del abismo,
Manantial inexhausto de favores,
La compasiva Madre que concedes
Alivio para todos los dolores,
Gracias sin fin y célicas mercedes.

Desde el augusto alcázar Vaticano
Donde ora prisionero el santo Anciano,
Fiel Vicario de Cristo,
Hasta la choza humilde y escondida
En los espesos bosques seculares,
Do palpitan cristianos corazones,
El europeo, el indio, el africano. . . .,
Erigen en tu honor templos y altares;
Todas las razas, todas las naciones
Te dicen en sus lenguas, ¡bienhadada!
Y en sentidos y férvidos cantares
Ensalzan tu pureza inmaculada,
Invocan sin cesar tu dulce nombre,
Oh creatura, de Dios privilegiada,
Prez de la humanidad, gloria del hombre!

Cómo te cantaré, Virgen hermosa,
Del Edén celestial mística rosa?
¡Oh si un ardiente Serafin mis labios
Tocara con sus dedos encendidos!
Un raudal de dulzura y de elocuencia,
Cual de los labios puros
Del profético bardo, brotaría,
Oh Trono indefectible de la ciencia!
Y de los querubines con el coro,
Mi voz uniendo á los laúdes de oro,
Te dijera mi lengua, Ave María!

Ave María, luz del claro cielo,
Ave, dulce Paloma enamorada,
Madre de Dios, criatura inmaculada,
Fuente de amor y gracias celestiales,
Bálsamo de consuelo
De tus hijos, los míseros mortales!

Por tí tan sólo de mi tosca lira
Resonarán acordes y entonados
Los ecos, ora sordos y apagados,
Si el astro sacro de tu amor me inspira;
Como alegres las aves,
Desde la verde rama cimbradora
Donde cuelgan sus nidos,
En trinos jubilosos y süaves
Que embargan dulcemente los sentidos,
Cantan la luz de la naciente aurora.

El ronco son de mi laúd de hierro
No es digno de tu gloria soberana,
Oh Virgen de los célicos amores!
Tampoco tengo yo fragantes flores!
Que regar á tus piés: rosa temprana
Que al sol abrió sus alas virginales,
Ni lirio perfumado y escogido
Que mecieron las auras celestiales;
Árido el corazón, envejecido,
Más que al frígido soplo de los años
Al golpear de rudos desengaños,
Puedo ofrecerte solo en mi pobreza,
A tí, Reina y señora de los mundos,
Tesoro inagotable de riqueza!

Acójalo tu mano bondadosa
Cual la mínima ofrenda de la viuda
Que dió todo su haber. . . . Con él te entrego,
Oh Madre cariñosa,
Las prendas de mi amor! Mi lengua ruda
Como el esclavo humilde te saluda,
Y si la enciendes en divino fuego,
Ensalzará tus glorias noche y día,
Oh Virgen Madre, Oh celestial María!

Guatemala, Diciembre 8 de 1891.

(F) JUAN FERMÍN AYCINENA.

DISCURSO

*acerca de la Concepción Inmaculada de María, en
relación con las luchas de la Iglesia Católica en el
siglo XIX.*

"Los siglos modernos viven del gran renaci-
miento moral, que el Evangelio ha esparcido
sobre la haz de la tierra."—*Madiedo.*

En mí está toda la esperanza de la vida y de
virtud.—*Santo Tomás.*

Pete, mater, neque eum fas est ut advertam
faciem meam a te. Pide pide, madre mía, que
nada puedo negarte.—*Salomón.*

María universi genero humano, causa facta
est salutis.—*S. Ireneo.*

Señores:

La felicidad es una sombra que huye delante nos-
otros, en todo lugar, en todo momento, en todas las
situaciones de la vida. A medida que el hombre la
persigue, élla se aleja y se aleja hasta perderse allá
en el firmamento. Cuando el colmo de nuestros es-
fuerzos nos prometía ese bienestar supremo, esa sa-
tisfacción plena del bien que ambicionábamos, el
desengaño nos dice pronto que hay aun un vacío en
el alma, un vacío profundo que nada, nada puede
llenar. Si la felicidad es un ideal, una ilusión, un
mito; el dolor es una realidad, una triste realidad.

La irregularidad de nuestra conducta, el desem-
volvimiento natural de los acontecimientos, y quizá
la misericordia del Omnipotente mismo para con
nosotros, son causa de que nuestro sér físico y moral
sean muchas veces presa del padecimiento, de la
aflicción, de la pena y como dice el autor, del "Dia-
blo Mundo": "quién no lleva escondido un rayo de
dolor dentro del pecho? Por qué dichoso rostro no

han corrido lágrimas de pesar y de despecho? Sí, señores, el sufrimiento es congénito á nuestra naturaleza humana. Nos espera en la cuna, nos sigue después en todas partes y nos acompaña hasta la tumba.

Es en el tierno regazo de la madre donde vertemos las primeras lágrimas, son sus manos cariñosas los primeros paños que secan nuestros ojos. Son sus castos besos los que ahogan nuestros gemidos; son sus armoniosos acentos la música primera que escuchamos; son sus amantes brazos la primera cuna que nos arrulla y nos aduerme. Y después cuando los abandonamos, cuando ya nuestra planta puede vacilante encaminarnos, élla, siempre élla guía nuestros pasos; y cuando escapando su vigilancia caemos, antes que el llanto haya asomado á nuestros ojos, élla nos levanta y con sus caricias mitiga el daño que nos hemos causado. Pero, señores, por ley ineludible y sabía de la naturaleza, á medida que el retoño aumenta en lozanía, el tronco disminuye en vigor, y cuando la espiga ha dado la ciciente pronto vendrá la segur á separarla de su tallo. Así en la especie humana llega un día en que la madre nos dice el último adiós; nos da el último beso; nos estrecha por la vez postrera entre sus brazos, nos dicta sus postrimeros consejos, en fin nos abandona para siempre. Dónde, dónde hallaremos más ese amor desinteresado hasta el sacrificio? Esa solicitud y esos cuidados hasta la abnegación? Quién encamina nuestros pasos? Quién enjugará nuestro llanto? Solo, abandonado, desvalido queda el hombre que sufre la inmensa desgracia de perder el bien querido que le dió la vida. Dónde, dónde hallar podrá consuelo? Allá, señores, allá en el cielo está la madre común velando por nosotros, desde allí manda el alivio de nuestros males, el consuelo de nuestros pesares, el consuelo de nuestros pesares; élla nos alienta cuando desfallecemos, nos sostiene cuando vacilamos, nos levanta cuando caemos, élla, la Virgen Inmaculada; nuestra madre. *Ecce mater tua.* Perdón, señora, si mis impuros labios se atreven á pronunciar tu elogio. Perdón señores, también pido á vosotros si distrae vuestra atención este discurso, pálido en colores, pobre en ideas y exento de elocuencia.

Allá en el viejo mundo, en la patria de San Luis, de Carlo Magno, de Bossuet; allá en la antigua Gália, en el Sur de Francia, cerca del torrente de Pau, al N. E. de Argeles, entre Bayona y Tolosa, existía una aldea humilde, que apenas contaría unos cuantos habitantes. Ni palacios suntuosos adornaban sus calles, ni cristalinos lagos retrataban sus bosques, ni magestuosos templos elevaban sus torres, ni caudalosos ríos surcaban sus praderas. Los moradores humildes no escuchaban el rugir de la locomotora, sino tan solo el balido de sus ganados. No flameaban en sus altas chimeneas el humo denso y negrusco de las fábricas, sino tan sólo las blanquecinas espirales que despide la modesta cocina del hogar. Nunca viajero alguno detenía su paso en el lugar, y jamás se veía entre los vecinos otras gentes estrañas que los pequeños traficantes en ganado, que de cuando en cuando acudían á sus compras.

Casi ignorados del mundo transcurrían sus días los campechinos moradores apacentando sus rebaños. Había entre ellos, señores, una niña humilde, virtuosa é inocente, purísimo brio de sus agrestes prados, no empañado aún ni por las brisas de la tarde. Trascuriendo un día, por el monte, oye un ruido extraño, parecido al que produce el huracán en la montaña, el trueno en la hondonada; se llena de terror, lanza un grito, quiere huir precipitadamente, pero al alzar la vista, entre aureola brillantísima de fúlgidos destellos aparece una niña bellísima; sus azules ojos reflejan

la dulzura del infinito; sus rosados labios la sonrisa de los ángeles; sus diminutas y blancas manos sostienen un rosario, y de su esbelto cuerpo pende níveo manto que ciñen su cintura azules bandas. Un momento, un momento más, transcurridos algunos instantes la divina visión había desaparecido. Tan sorprendente espectáculo se repitió hasta diez y ocho veces en diversos días á los ojos de Bernardita; que repuesta algún tanto de su asombro, pregunta la última á su visión. Quién eres tú?—Yo soy la Inmaculada Concepción.

Si señores, era la Santísima Virgen en persona la divina jóven que se presentaba á Bernarda Soubirous en la gruta de Lourdes. Era élla la Madre del Altísimo, que para robustecer la Fé del pueblo francés, se presentaba á sus habitantes á repetir los grandiosos prodigios que ha operado mil veces sobre la tierra. Sí, señores, es el pueblo francés, ese pueblo que saqueó los conventos, que violó las Vírgenes, que degolló á los obispos, que arrastró las sagradas reliquias y que colocó en los tabernáculos en vez del cuerpo precioso de Nuestro Redentor, á la diosa razón encarnada en las formas de una inmunda meretriz. Si, señores, en ese pueblo heroico donde el huracán del escepticismo ha azotado con más fuerza las inveteradas creencias de nuestros mayores. Sí, en la Francia y en el siglo XIX. En este siglo en que han sido tan combatidas las doctrinas del catolicismo, en que el racionalismo y el ateísmo en sus mil manifestaciones han pretendido derrocar el edificio de nuestra fé, en que se han puesto en duda los más evidentes milagros, en que se niegan nuestros más preciosos dogmas... De aquella gruta oscura de Lourdes, han partido torrentes de luz, que han iluminado al mundo todo, de fé y de esperanza; de aquella árida gruta ha brotado un manantial, que ha curado las dolencias más graves y los casos más desesperados. Y esos milagros estupendos que cada día se repiten en esa preciosa peña, merced á la intercesión de la Purísima Virgen María, bajo la adoración de su Inmaculada Concepción, han sido, son, y continuarán siendo un argumento poderosísimo contra el escepticismo actual, un arma irresistible en las luchas presentes de la Iglesia contra la incredulidad.

Aquella pobre aldea, antes desolada, es hoy, señores una Ciudad constantemente visitada por miles y miles de peregrinos, que van á buscar la salud del cuerpo, ó el alimento del alma; miles y miles que van á cumplir un sagrado voto, jurado talvez á miles de miles de leguas de distancia. ¿Cómo se recoge el alma señores, en dulce arrobamiento al contemplar esa gruta, donde la madre del Criador favoreció á los hombres con su presencia?

Con cuanta emoción y júbilo se toman las aguas de aquella fuente, que surgió á la voz de la Inmaculada concebida. ¿Y no será bastante para desvanecer nuestras dudas y obligarnos á creer, no será bastante esa voz que nos dice: "Yo soy la Inmaculada Concepción."? Sí señores, ella es la Inmaculada Concepción, la dispensadora de todo los dones, el consuelo de los aflijidos, el refugio de los pecadores, el auxilio de los cristianos. En ella está como dice Santo Tomás, la esperanza de la vida y de la virtud. Pidámosle pues señores, pidámosle por la Iglesia, pidámosle por el triunfo de la buena causa en nuestra patria. Nada puede negarle su Hijo querido "*Pete mater ne que enim fas est ut advertam faciem meam ate.*" Pide, pide, madre mía, que nada puedo negarte. Pidámosle Srs. el regreso del ilustre Pastor al seno de su Grey; pidámosle que bendiga esta asociación católica, fundada para mayor honra y gloria suya.—*He dicho.*—MANUEL ZECAÑA.

San Salvador, Imp. de "El Cometa," calle Morazán N.º. 43